

MITOS Y LEYENDAS SOBRE EL TORO

EL TORO EN LA MITOLOGÍA ESPAÑOLA

Aunque los mitos no tengan aquella persistencia e inmutabilidad que es frecuente en los ritos, parece lícito suponer la posibilidad de encontrar en la Península Ibérica algún mito que se refiera al toro.

Los mitos que siempre han cautivado la atención de los estudiosos son aquellos que, por su evidente parentesco con modelos de la mitología greco-romana, son más fáciles de identificar como pervivencia de esta.

Se han ocupado de la mitología española:

Julio Caro Baroja: *Algunos mitos españoles*, 2ª ed., Madrid, 1944;

Constantino Cabal: *Mitología ibérica*, en *Folklore y costumbres de España*, I, Barcelona, 1934;

pero se han interesado más por los mitos locales (vascos y asturianos) que los de los pueblos del centro o del sur de España.

Debemos, pues, recoger algunas narraciones populares para encontrar las huellas de una mitología del toro en España que se ha conservado en forma de leyendas sobre el toro:

LA NARRACIÓN DE ORICUERNO

[Álvarez de Miranda, 1962: 60 ss.]

Oricuerno es un animal dotado de algún atributo extraordinario, símbolo de virtud extraordinaria. La narración del Oricuerno se extendió también por la América española. La persistencia en muchas regiones americanas de fenómenos culturales provenientes de España es fenómeno normal. Se demuestra con frecuencia la mayor tenacidad de conservación de la colonia respecto de la metrópoli.

Érase una vez una mocita que tenía un novio. Y en el pueblo onde vivía había otro mozo que estaba enamorado por ella. Y una vez que estaba hablando con su novio por la reja de su casa, se acercó el otro y le mató a su novio.

Al otro día, la novia salió y mató al asesino de su novio de un trabucazo. Pero en vez de matarle sólo a él, mató a dos: a él y a otro compañero suyo.

Viendo que no podía escaparse de la justicia, se fue de su casa una noche. En una cabaña de pastores, éstos le dieron ropa de pastor para que se disfrazara de hombre. Se vistió de hombre y se cortó el pelo y se marchó por los mundos.

Llegó a un pueblo y se puso a servir en una casa. Dijo que se llamaba Carlos. La hija del amo se enamoró de Carlos. El padre de la enamorada organizó la boda. Pero en la primera noche de bodas, Carlos le confesó a la novia que él no era un hombre, sino una mujer. Pero la novia le dijo que no se preocupara, que seguirían viviendo así, como si fuera hombre.

Y así vivieron muchos años, pero como no tenían hijos, la gente empezó a sospechar que Carlos era mujer.

Entonces el padre de la novia organizó un banquete y dijo: Pongan sillas altas y bajas, que si Carlos es mujer se sentará en una silla baja. Pero Carlos se sentó en la silla más alta que había. Conque ya de eso no sacaron nada.

Entonces dijo el padre: ahora vamos a cazar y luego a bañarnos al río, si Carlos es mujer no se ha de querer bañar. Fueron a cazar, luego a comer y, tras la comida, dijo el padre: ahora nos vamos a bañar al río.

Entonces dijo Carlos: Espérenme un poco, que tengo que ir a hacer mi necesidad.

Conque se fue solo y se sentó en un canto muy triste, cuando vio venir un bicho con unas astas muy largas. Y se acercó y le dijo que se desnudara. Carlos se desnudó, y el bicho, que era el Oricuerno, le hizo una cruz con el cuerno en el empeine y al momento la moza se volvió hombre.

Y Carlos volvió al río donde se estaban bañando todos y se tiró al agua y todos vieron que era hombre.

Esta narración ha sido recogida por Espinosa, A. M. (*Cuentos populares españoles, recogidos de la tradición oral española*. Madrid, 1946, vol. I, pp. 378-80) en el centro de la Península Ibérica (provincia de Cuenca), en Asturias y en México. Las variantes de la versión son las siguientes:

Variantes de la versión asturiana: El cambio de sexo lo produce la cabeza de un cabritillo que la doncella, después de haberlo matado, lo pone en la cintura y se sumerge así en el mar, quedando luego transformada en hombre.

Variante mexicana: Cuando la doncella vestida de hombre estaba a punto de ser descubierta por la prueba del baño, se presentó un toro negro. La doncella comenzó a “burlarlo” y, al terminar de darle pases, el toro se transformó en vaca y la doncella en hombre. (Paul Radin: *El folklore de Oaxaca*, Habana, 1917).

En esta leyenda se fusionan dos narraciones diversas, bastante frecuentes en la tradición popular europea y occidental: la narración de la doncella disfrazada de hombre y la narración del cambio de sexo.

La narración de la doncella disfrazada de hombre, de gran difusión poética en los romances españoles, se extendió mucho por toda Europa y fue recogida por los hermanos Grimm.

Su difusión por la Península Ibérica es muy grande: Menéndez Pidal recogió más de cien versiones en castellano.

El motivo fundamental importante para nosotros es el cambio de sexo provocado por el toro. El hecho de ser un toro el autor de dicha transformación parece ser una característica de la tradición española.

En otras culturas el cambio de sexo suele ser producido por hombres o seres sobrenaturales, por maldiciones o magia, por la virtud de ciertas fuentes y por la intervención de serpientes.

Es interesante en la versión mexicana que la doncella disfrazada de hombre se ponga a burlar al toro.

El nombre de *Oricuerno* hace pensar en el unicornio clásico, concepto ininteligible para el pueblo, pues el toro tiene dos cuernos.

Así el pueblo lo sustituye por el concepto de animal maravilloso, de cuernos de oro.

Extremadura es la región más interesante para el estudio del toro, y por otra parte ha dado el más grande contingente de conquistadores de México, de ahí quizás la versión mexicana del *Oricuerno*.

Es importante el hecho de que la doncella vestida de hombre empezó a burlar al toro con los propios vestidos: El vestido será normalmente el vehículo receptor de la potencia peculiar del toro.

“Burlándolo con sus propios vestidos” y recibiendo en ellos y en el propio cuerpo las acometidas del toro, la doncella recibe todo el tesoro que posee el toro en el más alto grado: el poder fecundante propio del macho.

EL TEMA DEL CAMBIO DE SEXO

[Álvarez de Miranda, 1962: 64 ss.]

El tema del cambio de sexo es muy frecuente en las tradiciones y la literatura antigua, sobre todo en las orientales. El hecho de que en la leyenda del *Oricuerno* sea un toro el autor de dicha transformación parecer ser una característica de la tradición española.

En otras literaturas y tradiciones, el cambio de sexo suele ser producido por hombres o seres sobrenaturales, por maldiciones o magia, por la virtud de ciertas fuentes y también por la intervención de serpientes. En las tradiciones orientales es más frecuente que el cambio de sexo sea producido por la virtud de ciertas aguas.

LA LEYENDA DEL OBISPO ATAÚLFO

[Álvarez de Miranda, 1962: 71 ss.]

Seis de las crónicas medievales más importantes de España cuentan un milagro en el cual un toro bravo desempeña un papel importante, y que íntimamente se relaciona con las ideas generales sobre el toro conservadas en las tradiciones españolas.

La leyenda está narrada en la famosa *Historia compostelana* de la primera mitad del siglo XII. Sitúa esta crónica el milagro en la segunda mitad del siglo IX y en la ciudad episcopal de Santiago de Compostela, cuyo obispo, Ataúlfo, es precisamente el protagonista:

El obispo Ataúlfo, celoso pastor de sus fieles, suscitó la envidia de sus enemigos, que falsamente le acusaron al rey de nefando pecado de sodomía.

El rey, al saberlo, se irritó mucho y para castigar al obispo mandó que expusieran al obispo ante un toro ferocísimo en la plaza pública para que fuera destrozado si de verdad era culpable.

El santo obispo, antes de exponerse a un juicio tan salvaje, celebró la misa y se presentó en el lugar del martirio, revestidos de las insignias pontificales.

El toro, a pesar de estar muy enfurecido por las trompas de los cazadores y los ladridos de los perros, repentinamente se cambió de bravo en manso, se acercó espontáneamente al santo obispo y depositó sus cuernos en las manos de Ataúlfo; de este modo quedó ileso el siervo de Dios.

Ante este milagro, el rey y los asistentes pidieron perdón al obispo, declarándose reos de falso testimonio y de injusta condena.

El hecho de que un toro furioso deposite sus cuernos en las manos del acusado no es un suceso inesperado, sino un testimonio de virilidad. Tenemos los tres elementos:

1. supuesta sodomía;
2. exposición al toro;
3. deposición de los cuernos del toro como símbolo de la virilidad.

El nexo de causalidad reside, por lo tanto, en exponer al macho prepotente un macho más prepotente aún.

El toro constituye, pues, la más adecuada mimesis contra el sodomita.

Pero el hecho es interpretable como cosa distinta de la medieval prueba de la culpa, con su sentido jurídico de culpa y castigo y distinta del acto puramente punitivo:

Se pone Ataúlfo en contacto con el toro no tanto para averiguar un hecho (del cual no parece que haya duda) o para castigarlo (el toro, como castigo de la sodomía, no se encuentra en la legislación medieval española) cuanto para sanarlo.

La prueba del toro demuestra que la condición sexual de Ataúlfo se percibe como una situación desviada que necesita remediarse por medio de una especie de exorcismo adecuado: el contacto con el toro como rito mágico.

«La leyenda de Ataúlfo (recogida en antiguas crónicas medievales como *Historia contemporánea* (siglo XII), en los *Cronicones* del obispo Pelayo (siglo XIII) o en la misma *Cronaca generale* de Alfonso X el Sabio) nos presenta a un obispo acusado de homosexualidad al que se le suelta un toro bravo; lo que no cabe interpretar -según Blázquez- como una simple ordalía (prueba ritual usada en la antigüedad para establecer la certeza, principalmente con fines jurídicos, y una de cuyas formas es el juicio de Dios), sino como un rito sanador.

Teniendo en cuenta el relato del obispo Ataúlfo, tan conocido en la Edad Media, el mismo vendría a explicar que los clérigos de antaño, con mucha probabilidad para que nadie pensara mal de su virilidad, eran grandes aficionados a la lidia de toros.

Las autoridades eclesiásticas, más ilustradas y lejos de la sensibilidad popular, condenaron reiterativamente estas costumbres rurales como lo ponen de manifiesto el estudio de los sínodos medievales; la cosa llega incluso al siglo XVI, así en el Sínodo de Guarda (Portugal) convocado por D. Pedro Vaz Gaviao, del 12 de mayo de 1500, se estipula que:

Achamos uma constituicao de nossos predecesores em a qual defendem, por ser cousa assaz em abatimento e vilipendio do estado clerical, que nenhum clérigo constituído em ordens sacras ou beneficiado lutasse, bailasse, dançasse,

publicamente, nem andasse con touros em curro, garrochando-os ou alanceando-os...

El testimonio de este sínodo lusitano condena la costumbre, a lo que se ve extendida y reincidente, que tenían los clérigos de lidiar, bailar y alancear toros, con lo que de paso se nos da idea de lo que se hacía en aquellos festejos.

Pero, más que una afición taurina, lo que esos clérigos llamados al orden hacían era seguir unas tradiciones multiseculares que, en su concreto estado de célibes, demandaba el público: comprobar en su trato con el toro su masculinidad, para que ésta estuviera fuera de toda duda.

Las autoridades eclesiásticas juzgaban desde un punto de vista semejante al de todos aquellos que establecen normas desde un despacho, sin apenas contacto con la realidad.»

[<https://culturatransversal.wordpress.com/2017/01/10/padre-toro-totem-de-la-dehesa-para-una-apologia-de-la-tauromaquia/>]

LA NARRACIÓN DE EL TORO DE ORO

[Álvarez de Miranda, 1962: 81 ss.]

El *Oricuerno* es un animal dotado de algún atributo extraordinario, símbolo de virtud extraordinaria. La narración de *Oricuerno* se extendió también por la América española.

Esto había de ser un rey, que tenía una hija a quien un príncipe había deshonrado y abandonado. Entonces la princesa le dijo a su padre que le comprase un toro de oro que fuera igual que los de verdad.

El padre se lo mandó hacer y cuando lo estaban haciendo, la princesa le dijo al escultor que lo hiciera hueco, pero que no se enterase nadie.

Hicieron el toro y lo llevaron al palacio y lo colocaron en el dormitorio de la princesa. Esta se entró en el toro y allí estuvo sin salir durante varios días. El rey mandó buscarla por todo el palacio, pero no la encontraron.

Unos días después empezaron a faltar cosas de comer, lo que extrañó mucho al rey, que no pudo encontrar al ladrón que se las quitaba, sin sospechar que el ladrón era su hija. El rey estaba tan disgustado que tuvo que cayó enfermo y tuvo que llamar a un hijo suyo príncipe, que vivía en otras tierras lejanas.

Al llegar el príncipe y ver un toro de oro tan grande pidió al padre que se lo diera. El rey le prometió que se lo daría cuando muriera, pues era un recuerdo de su hija desaparecida. Al fin el rey murió y el príncipe se llevó el toro de oro a su palacio.

Al poco tiempo empezaron a desaparecer cosas de comer. El príncipe se llevó el toro de oro a su dormitorio, no fuera ser que se lo robaran también. Una noche, creyendo que su hermano estaba dormido, la princesa salió del vientre del toro para seguir robando.

El príncipe la descubrió, pero los dos convinieron en no decírselo a nadie.

Un día que el príncipe tuvo que marcharse a la guerra y prometió que vendría en cuanto pudiera. Le dijo a la princesa que cuando él llegara daría tres palmadas en las nalgas del toro para que ella supiera que ya estaba de vuelta.

Un día estaban las criadas arreglando el dormitorio del príncipe y una de ellas dijo: Mirad qué toro tan bonito tiene el príncipe, y dio tres palmadas en las nalgas del toro.

Enseguida salió la princesa y las criadas, al verla, dijeron:

–Ésta es la que se come las comidas y roba las cosas.

Y la cogieron y la tiraron por la ventana, cayendo en un zarzal.

Una vecina la vio y la recogió y se la llevó a su casa. A los pocos días vino el príncipe, dio las tres palmadas convenidas en las nalgas del toro, pero no contestó nadie. El príncipe se puso enfermo.

Su hermana, la princesa, que estaba en casa de la vecina, tuvo un hijo y se enteró de que su hermano había regresado de la guerra. Entonces preparó un cesto de flores y entre ellas envolvió a su hijito, poniéndole una carta en la mano en la que decía dónde estaba la princesa.

Dio el cesto a una muchacha para que se lo entregara en mano al príncipe, que al rebuscar en el cesto enseguida vio al niño con la carta en la mano.

El príncipe mandó matar a las criadas y a la buena vecina que recogió a la princesa se la llevó al palacio, junto con su hermana.

La esposa del príncipe, que no podía tener hijos, y el príncipe dijeron que criarían al sobrino como a un hijo propio, y que lo harían su heredero.

Y todos vivieron muchos años muy felices conservando el toro de oro.

En esta leyenda se han fusionado dos narraciones distintas:

1. el de la persona oculta en un escondrijo, del que sale por las noches para buscar comida;
2. el de la estatua del toro de oro.

La versión de esta leyenda tiene todo el aspecto de ser una ampliación de un núcleo originariamente incomprendido por el autor.

El episodio de la princesa deshonrada es un episodio añadido a posteriori e introducido como prólogo de la narración, porque el narrador ha perdido totalmente la conciencia del significado del toro, que es el verdadero agente de la fecundación de la princesa.

La alusión final a la falta de hijos de la esposa del príncipe confirma el carácter esencial que tiene en esta narración el tema de la esterilidad, y manifiesta que la esposa del príncipe no es otra cosa que un doble, innecesario y añadido, de la princesa que deseaba un toro.

Estos dos personajes no son más que uno solo y el mismo: la esposa del príncipe, de cuyo matrimonio no nacían hijos.

Conviene resaltar el papel secundario del marido: La iniciativa de recurrir al toro es de la doncella; el papel del hombre se reduce a dar su consentimiento. La amistad entre la doncella y el toro es constante.

SEMEJANZA CON EL MITO DE PASÍFAE

En la mitología griega, Pasífae (en griego Πασιφάη Pasiphaê, ‘la que brilla para todos’, un nombre de la Luna) era la hija de Helios y la ninfa Creta (también llamada Perseis). Era hermana de Circe y Eetes. Fue criada como una princesa en la Cólquida, y dada entonces en matrimonio al rey Minos de Creta.

Minos, hijo de Zeus y Europa, reinó sobre Creta tras la muerte de Asterión por quien fue criado. Cuando manifestó su pretensión de quedarse con todo el poder, sus hermanos opusieron objeciones. Minos dijo que los dioses le destinaban el reino y, para probarlo, afirmó que el cielo le concedería cuanto le pidiese.

Ofreciendo un sacrificio a Poseidón, rogó al dios que hiciese salir del mar un toro, y le prometió sacrificarle el animal. Poseidón envió el toro, lo que le valió a Minos el poder sin discusión, pero el rey no sacrificó el animal, pues consideraba que era un ejemplar magnífico, cuya raza quería conservar. Lo envió, pues, a sus rebaños. Mas Poseidón se vengó volviendo al toro furioso, hasta el punto de que Heracles hubo de matarlo a petición de Minos.

Se trataría del mismo toro por el que Pasífae, la esposa de Minos, concibió más tarde una pasión culpable.

Minos pasa por ser el primero que civilizó a los cretenses, los gobernó con justicia y bondad y les dio excelentes leyes.

«La leyenda más célebre de Pasífae tiene Creta por escenario. Se refiere a sus amores monstruosos con un toro. Sobre este particular se contaba que Minos, al reclamar el trono de Creta, había pedido a los dioses un signo que pusiera de manifiesto su derecho al mismo. Al ofrecer un sacrificio a Poseidón, había rogado al dios que hiciese salir un toro del mar, prometiéndole sacrificárselo. Pero cuando Poseidón le hubo concedido lo que pedía, Minos se negó a cumplir su promesa.

Como castigo, Poseidón le volvió furioso al toro y, más tarde, inspiró a Pasífae un amor irresistible por el animal. Se decía también que era un castigo que Afrodita había infligido a Pasífae porque ésta había despreciado el culto a la diosa, o bien que vengaba a la joven la ofensa recibida de Helio al revelar a Hefesto sus amores clandestinos con Ares.

No sabiendo cómo satisfacer su pasión, Pasífae pidió consejo al ingenioso Dédalo, el cual fabricó una ternera tan perfecta y tan semejante a un animal verdadero que el toro se dejó engañar. Pasífae se había ocultado en el interior del simulacro, y así pudo realizarse la monstruosa cópula.

De estos amores nació un ser medio hombre medio toro, el Minotauro.

Minos, al enterarse de la aventura, se irritó contra Dédalo, y le prohibió salir de Creta. Pero éste consiguió escapar con la complicidad de Pasífae.

Se atribuía a Pasífae un temperamento muy celoso, así como artes de hechicería, semejantes a las de su hermana Circe y de su sobrina Medea. Para impedir que Minos se uniese a otras mujeres, le dirigió una maldición en virtud de la cual todas las mujeres que amaba morían devoradas por serpientes que salían de su cuerpo. Procris la curó de esta maldición.

Existía en Laconia un oráculo de Pasífae. Pero en realidad, de esta Pasífae se decía unas veces que era la Casandra troyana; otras, Dafne; otras, una hija de Atlante que, por Zeus, habría sido la madre de Amón, dios de Cirene (adorado con el nombre de Zeus-Amón).» [Grimal, Pierre: *Diccionario de mitología griega y romana*, Buenos Aires: Paidós, 1986, p. 411-412]

A pesar de la patente semejanza de la leyenda española de *El toro de oro* con el mito de Pasífae, es arriesgado buscar en el mito clásico el origen de la leyenda española.

En la Península Ibérica existen suficientes mitos y ritos referentes a la potencia genética del toro y a su especial relación con la mujer, que hacen verosímil el carácter autóctono de esta leyenda de *El toro de oro*.

El sentido de la leyenda contiene una clara alusión mágica a la virtud de la escultura del toro en orden a la fecundidad, como remedio contra la esterilidad de la mujer. El mito de Pasífae, por el contrario, muestra principalmente la aventura entre la mujer y el toro desde un punto de vista esencialmente erótico.

Lo decisivo en el suceso de *El toro de oro* es que encontramos una formulación mágica genética del toro más claramente expresada que en el mito griego, que teniendo origen en una parecida intuición narra la historia del toro y de la doncella en una forma más evolucionada y más lejana del sentido mágico originario.
